

Profesor José María Giménez Camarasa

(7 diciembre 1933-14 septiembre 2001)



El día 14 del pasado septiembre nos dejó José María Giménez Camarasa. Hacía poco más de 3 meses que habíamos estado juntos durante unos días en Barcelona con motivo del XXV aniversario del Grupo Español de Investigación en Dermatitis de Contacto. Era para todos

una más de las muchas ocasiones en que nos veíamos, y ni él ni yo, ni ninguno de los que allí estuvimos, podíamos imaginar que nos encontrábamos por última vez.

Es difícil resumir en pocas líneas la biografía de José María como dermatólogo, iniciada desde que terminó en Barcelona la licenciatura de Medicina en 1956. En 1959 fue médico por oposición de los dispensarios dermatológicos del Estado, la antigua Lucha Antivenérea, primer paso que en nuestra época representaba, nada más y nada menos, que ser considerado ya oficialmente como especialista. Trabajó primero en el Hospital Clínico junto a su maestro don Xavier Vilanova, leyendo en 1966 su tesis sobre el eccema de contacto por cobalto, tema puntero de actualidad entonces, y ya en 1967, en una reunión extraordinaria que tuvimos en la cátedra de Salamanca sobre eccema de contacto, asistió con participación activa y, lo que sin duda vale más, iniciamos nuestra mutua amistad que pervivió siempre, sin empañarse en ningún momento. Pasó después al Hospital Santa Creu y San Pau hasta 1984 en que obtuvo por oposición una plaza de profesor titular de la Universidad Autónoma de Barcelona, y posteriormente, también por oposición, la cátedra de Dermatología de la misma Universidad y la jefatura del servicio del Hospital del Mar.

Pero quizá la obra que más le ilusionó fue la creación del Grupo Español de Investigación en Dermatitis de Contacto. En 1974, el Grupo Europeo celebró su primera reunión internacional en Copenhague, con asistencia restringida por invitación y con el compromiso de que cada asistente llevara una comunicación. Fuimos a aquella reunión cuatro españoles ca-

pitaneados por José María, que nos convenció del interés que tendría hacer un Grupo Español, siguiendo el modelo que se empezaba a implantar en algunos países europeos, y con la decisión que le caracterizaba, en uno de los breves descansos nos condujo materialmente a los cuatro ante la presencia de los magnates que allí se encontraban —Calnan, Hjorth, Fregert (no recuerdo quiénes más)— y entonces les dijo solemnemente: «Nosotros cuatro acabamos de fundar el Grupo Español.»

Fue el Grupo de Contacto el primer grupo de trabajo monográfico que se creó en la dermatología española, y tras unas breves reuniones previas informales tuvo realidad corpórea en 1976 en Barcelona. Se creó con los mismos esquemas que nos habían enseñado los otros grupos europeos: la condición previa de que los componentes trabajaran en el tema, y con el programa, que se sigue cumpliendo, de hacer dos reuniones anuales, comprometiéndonos no sólo a asistir, sino a llevar comunicaciones. Exigió también José María que el grupo no tuviera presidente, que siempre supone un cierto honor y superioridad sobre los demás, sino sólo secretario, que al contrario, implica estar al servicio de todos. Fue naturalmente nuestro primer secretario.

Su extraordinaria capacidad de organización y su increíble actividad le llevaron en seguida a cargos de representación, y en España fue presidente de la Sección Catalana de nuestra Academia y vicepresidente primero de la Junta Directiva Central en 1979. Pero fueron muchos más los puestos que desempeñó en organizaciones internacionales. En el CILAD fue delegado regional (1972), delegado nacional para España (1980) y vicepresidente (1983). También en 1983 fue representante de España en la Unión Europea de Médicos Especialistas (UEMS), entidad adscrita a la Comunidad Europea, y en 1985 miembro fundador de la *European Academy of Dermatology and Venereology*, a cuya Junta Directiva perteneció desde entonces. También en 1985 fue nombrado miembro del *European Environmental Contact Dermatitis Research Group*, que reúne a no más de 10 superexpertos de toda Europa y del que fue presidente en 1998. En el 2000 fue también elegido presidente de la *European Society of Contact Dermatitis*, la misma ante la que había nacido nuestro grupo 26 años antes. Perteneció también a otros grupos tan restringidos y minoritarios como la *European Society for Dermatological Research* (1976) y la *Skin*

Pharmacology Society (1984), así como a numerosas academias y sociedades del mundo entero: la *American Academy of Dermatology*, la *British Society of Dermatology*, la Academia griega, las sociedades francesa, portuguesa, sueca, chilena, ecuatoriana y alguna más. Había sido preconizado presidente del Congreso de la Academia Europea que se celebrará en Barcelona en el 2003. No hay que decir que estaba universalmente reconocido como uno de los máximos expertos en ecema y dermatosis alérgicas.

Por todos estos países —vale decir, por el mundo entero— llevó siempre la presencia activa de la dermatología española. Su envidiable dominio de lenguas, su facilidad de palabra, no sólo en castellano, sino en varios otros idiomas, su entusiasmo contagioso, su vitalidad, su enorme capacidad de comunicación, hicieron que su presencia en todas estas sociedades no fuera un mero estar o asistir. Es incalculable el servicio que en ellas ha hecho, y que ha repercutido en la proyección internacional de nuestra dermatología, de la que ha sido siempre un magnífico y eficaz embajador.

Su entrega permanente a unos temas —el ecema de contacto, la dermatitis atópica, las urticarias, las reacciones por medicamentos, las dermatosis profesionales, la alergia en dermatología— a los que ha sido fiel toda su vida le permitieron publicar más de 300 trabajos y capítulos de libros, dar un centenar de conferencias y hacer varios cientos de comunicaciones en congresos y reuniones, además de su labor, imposible de contabilizar en los distintos grupos de expertos. Sólo en la treintena de números al que quiso modestamente llamar *Boletín de Dermatitis de Contacto*, que publica los resúmenes de las comunicaciones de las reuniones del grupo, hay más de un centenar de trabajos suyos o de su escuela, además de haber llevado personalmente desde el primero hasta el último número la elaboración, corrección de pruebas y edición del *Boletín*.

Su gran sentido clínico y su «difícil facilidad» para enfocar y buscar solución a cualquier problema le

hicieron ser también un eficaz médico de sus enfermos, a los que trataba siempre con gran afecto —he tenido testimonio de ello por pacientes comunes— cumpliendo así ese deber esencial en el ejercicio de la medicina que nos manda ayudar a nuestros enfermos más allá de nuestras siempre limitadas posibilidades de curarlos. Como profesor su fluidez de palabra, la originalidad de sus planteamientos, la claridad de sus exposiciones y hasta el ingenio con que sabía salpicar sus clases o conferencias con alguna oportuna anécdota hacían que sus oyentes, fueran estudiantes o especialistas hechos y derechos, estuviéramos siempre pendientes de su palabra. Cumplía siempre además la regla de oro del profesor, que no es tanto proporcionar información, sino despertar ideas e iniciativas en los que le oyen, y en este aspecto somos muchos los que nos consideramos, de alguna forma, sus discípulos.

Buen conversador, de gran cultura, sabía escuchar e interesarse por cualquier tema que promoviera él mismo o al que le llevara su interlocutor, fuera sobre historia, literatura, lingüística, arte o política nacional o internacional, porque nada parecía serle ajeno. Fueron muchas y muy gratas las parrafadas que tenemos echadas él y yo en los ratos de descanso de nuestros encuentros. Buen lector además, fueron también bastantes los libros que nos aconsejábamos mutuamente, y por mi parte, nunca me defraudó su consejo.

Cuarenta años de amistad son muchos años, y por eso he querido que ésta, mi despedida, se perpetuara en nuestras *Actas* para que nos quedara de él un recuerdo duradero. A Marta, su mujer, a su hijo José María y a sus hijas Elena y Ana María, compañera nuestra de especialidad como dermatóloga, quiero expresar desde aquí en nombre de la Academia, en nombre de los que fuimos, más que sus compañeros de afanes, sus amigos; y en mi propio nombre, nuestro sentimiento por su desaparición y la promesa de que no le olvidaremos.

Antonio García Pérez